

En el exilio¹

La Dépêche Africaine, n° 19, 15 de diciembre, 1929

Paulette Nardal



Al término de su jornada, la pobre Elisa regresó a su casa y aterida apretó contra su pecho el chal de lana negra que remplazaba la piel ausente sobre su abrigo. Subiendo la ventosa calle des Écoles, toda brillante de lluvia, ella pensaba, con el corazón apretado: “Este país verdaderamente no le conviene a una negra vieja ya agobiada por la edad y afectada a veces de reumatismo”.

El viento perforaba su delgado abrigo. Toda su piel parecía rebelarse contra esa sensación a la que nunca había podido acostumbrarse. Su imaginación casi había personificado el invierno. Lo pensaba como un enemigo cruel e implacable. A veces se preguntaba en castigo de qué falta el buen dios afligía a los europeos con semejante flagelo porque, en su estrecho sentido común, no podía ser de otra manera.

“¡Oh, la hermosa rubia!”

Indiferente a las risas de una pandilla de estudiantes encantados con su observación tan espiritual, ella proseguía con su monólogo interior. No, no iba a soportar mucho tiempo ahí. Le parecía demasiado dolorosa esa vida que no le dejaba ningún espacio a la felicidad de pasear, a las noches de conversación alegre y animada con su compañera de piso y sus otras amigas, exiliadas como ella. Se haría repatriar lo más pronto posible.

Lo que más le costaba era la espantosa monotonía de la vida europea, esa exactitud enemiga de la fantasía. Seis de la mañana. Despertar. La preparación minuciosa de un café aromático y el ponche del domingo eran su único lujo. Ese café era su triunfo. Ella lo convirtió en este verdadero néctar, del que solo las antillanas tienen la receta. Pero ya el baño la reclamaba y a las siete debía tomar el autobús para llegar al departamento oscuro de calle Cuvier, donde hacía el aseo. Sus viejas manos, a pesar de las grietas y el paso del agua caliente a la fría, habían mantenido su fineza nativa, pero cuando el viento soplaba, como esa noche, sufría cruelmente. Y a pesar de su musculatura agarrotada, la fatiga extrema que sentía en la noche, había tenido que acostumbrarse a caminar hasta la calle Racine para ahorrar las monedas de un tramo. Si tan solo su hijo, que había partido hace casi cinco años a probar fortuna en Sudamérica, volvía con un poco de dinero, regresaría a su tierra

Editora: Silvia Valero. Universidad de Cartagena-Colombia.

Copyright: © 2023. Nardal, Paulette. Este es un documento de acceso abierto, distribuido bajo los términos de la licencia <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/> la cual permite el uso sin restricciones, distribución y reproducción en cualquier medio, siempre y cuando que el original, el autor y la fuente sean acreditados.



¹ Traducción de María Yaksic y Claudio Gaete Briones: La investigación recibió financiamiento del proyecto “Connected Worlds: the Caribbean, Origin of Modern World” del programa de investigación e innovación Horizonte 2020 de la Unión Europea en el marco del convenio de subvención Maria Sklodowska Curie n.º 82384.

natal, a su dulce Martinica, que nunca debió cambiar por el espejismo de París.

El autobús no se hizo esperar demasiado. El conductor, que durante algunas semanas se había divertido haciéndola enojar, había terminado por tomarla bajo su protección. Le dirigió una sonrisa familiar. Ella encontró un puesto en segunda clase y se sentó llamando la atención del resto. Era sobre todo su pañuelo satinado, tan curiosamente atado, lo que atraía las miradas. La gente no parecía sospechar que eso podía molestarla. A decir verdad, esa noche, ellos no existían para ella.

Con la vista perdida, se vio volver a su pueblo natal, Sainte-Marie, donde había pasado su juventud.

Es de noche. Después de su jornada de planchado, se sienta sobre un banco carcomido frente a la puerta de su baja casa, atraída por el parloteo de los amigos que, como ella, se deleitan con el aire salino. Charlas. Grandes risas. Cuando el cacareo se detiene, el sonido del mar, resplandeciente con la luz de luna, llena el silencio. Solo un farol fúnebre ilumina de manera intermitente la calle oscura y estrecha. Los rayos de luna dan un brillo singular a las mejillas y los dientes de los conversadores. Nos dejamos llevar por la dulzura de vivir en una atmósfera lánguida. En lo alto, sobre la colina, la iglesia parece cuidar el pueblo medio dormido y bendecirlo silenciosamente. Alguien empieza a “contar cuentos”, sin olvidar las fórmulas tradicionales: “¿Titime?” “Leña seca” –“Tres veces bello el cuento”. Son, como siempre, las aventuras de Compadre Conejo y el Caballo Tres Patas. Todo el folclore martiniqueño pasa por allí. Cuentos africanos adaptados al alma antillana. Pero entonces resuena el tambor desde lejos. Sobre las colinas, por el lado de Fourniolles, alguna “laguia” habrá reunido en un espacio de arcilla a los rudos trabajadores de los campos de caña. Dos grandes negros se desafían, se atacan con sus saltos de fiera y se esquivan con más ligereza que un felino. Ojalá que no se exciten demasiado en este juego peligroso y que no sea, una vez más, la “laguia de la muerte”. Otro negro, a horcajadas sobre un barril volcado, con el sombrero bakwa echado hacia atrás, golpea con sus dedos expertos la superficie tensa de un cuero de oveja. Extrae las sonoridades que resuenan desde lejos como un llamado angustiante. Es toda el alma de la vieja África que pasa en ese *tam tam* antillano, despertando en los conversadores de pronto atentos, una oscura emoción.

— ¡Rue de Rennes!

La vieja Elisa se estremece. Ese grito, la iluminación brusca de los escaparates, desgarraron los velos de su ensueño. Devuelta a la realidad, ve a su alrededor los rostros tensos, los ojos duros, las cerradas o indiferentes fisonomías de los blancos. Y el peso de su existencia recae más fuertemente sobre sus hombros. Su corazón también parece pesado, pesado.

Vamos, hay que prepararse para bajar. Ahí ya está el boulevard Pasteur. La conserje le grita al pasar. “— Señora Elisa, una carta para usted. ¡Es de Sudamérica!”. ¡Una carta de su hijo! La tristeza de su jornada se borró y sus ojos, hasta hace un rato apenados, se iluminaron. Con el descuido de la gente sencilla, abre inmediatamente el sobre, comienza a leer y de pronto se sienta en una silla de la portería sofocada de felicidad. Su hijo, a quien los americanos compraron a un alto precio su empresa de cueros, regresara pronto para volver con ella a su país. La vieja Elisa llora. Esta dicha inesperada le parece casi intolerable después de todos esos días de desesperanza. Para creer en su felicidad tenía que contárselo en seguida a su joven amiga que la esperaba arriba. Rápidamente, sube los seis pisos, y los vecinos que todas las tardes se quejaban cuando la oían subir a duras penas los escalones desgastados, no reconocen su paso ligero y se preguntan quién puede tararear así ese extraño estribillo, al ritmo desigual de las sílabas guturales y dulces...